



LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 294

50 Cts.



LA LOCA
DE LA CASA

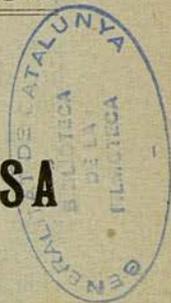
POR
Carmen Viance,
Manuel San Germán,
Consuelo Quijano,
etc.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca
de Catalunya



LA LOCA DE LA CASA



Argumento de la película

José María Cruz regresaba de América cargado de riquezas. Había amasado en los lejanos países del Nuevo Continente una espléndida fortuna y volvía a su tierra natal con la emoción del buen hijo ausente que recogió los laureles del triunfo. El, el antiguo Pepet, misero obrero de la gran urbe, se había convertido en hombre poderoso. Podía aspirar a todo, todo lo tendría únicamente con extender su brazo de vencedor.

Desde el puerto de Barcelona, sobre la cubierta del buque, contemplaba el panorama de la ciudad que había crecido prodigiosamente durante sus años de ausencia. Alzaban los campanarios sus gallardas agujas clavándose en el cielo, de un azul pálido, de la tarde. A lo lejos, en las barriadas fabriles, algunas chime-

neas levantaban sus humaredas negruzcas. Sobre esos rincones de trabajo las nubes tenían un color gris.

Ensanchóse el alma de Pepet al pasar revista a la ciudad. En lo sucesivo viviría en ella, laboraría a su sombra, no como el miserable peón de sus tiempos de pobreza, sino como un señor de sus dominios. No comprendía la vida sin el trabajo y odiaba a los parásitos que escudados en su fortuna desperdiciaban su juventud en los campos de la holgazanería.

Desembarcó y su alma ruda y aventurera lloró casi de emoción al pisar de nuevo la tierra patria. El era un hombre casi brutal, forjado entre las llamas del pueblo, sér áspero que no conocía apenas las delicadezas de la civilización. Pero se alegró infinitamente de encontrarse de nuevo en su país.

**

Allí, en Barcelona, en los bellos alrededores, vivía la noble familia de los Moncada. Don Juan Moncada era hombre rico, propietario fabricante. Viudo desde hacía algunos años, había concentrado todo su cariño en sus dos hijas, Victoria y Gabriela. Victoria, de carácter bullanguero, alegre y juguetón, era denominada "la loca de la casa", formando con-

traste con su hermana Gabriela, muchacha pensativa, calmosa y suave. Al cuidado de ambas estaba doña Eulalia, hermana de Moncada, que desempeñaba tiernamente su cometido maternal.

Las dos jóvenes se hallaban ya en edad de tomar estado y no les faltaron pretendientes. A su hermosura natural unían la dote de la familia.

La señora Marquesa de Malavella, cuya situación económica era bastante incierta, deseaba que sus dos hijos Daniel y Jaime, elegantes muchachos de carrera, muy educados, muy finos, se casasen con las señoritas de Moncada.

La Marquesa, necesitaba el dinero, había hipotecado su finca a don Juan Moncada, y ello le permitía seguir viviendo una existencia de rumbo y ostentación. La noble dama tenía formado su proyecto, y uniendo las dos familias no se hablaría más de aquella deuda. El doble matrimonio convenía a todos. A la casa de Moncada, porque le daría lustre el noble apellido y los incontables blasones de los Malavella; a ésta porque, asfixiada por la escasez monetaria, podría recuperar su salud con las inyecciones de un dinero sabiamente suministrado. Un día, Daniel se declaró a Victoria, y Jaime, el otro hijo, a Gabriela. Las muchachas dieron el sí, encantadas por unirse con gente tan distinguida y principal, y el mismo señor

de Moncada no pudo ocultar su inmensa satisfacción.

Para celebrar aquellos días de júbilo, todos subieron a Montserrat, la montaña santa de Cataluña. Allí, en aquellos parajes de alegría infinita, donde el amor siente la embriaguez de la eternidad, pasaron una semana realizando excursiones por los incomparables recodos y ermitas del sagrado monte.

Todo hablaba de amor en aquel magnífico rincón, donde muchos recién casados van a pasar sus primeros días inolvidables. Y de repente, ante la imagen de la Virgen Morena, Victoria "la loca de la casa", se sintió estremecida por un hondo misticismo.

—Consagrarme a Dios... Ser monja... ¡Qué felicidad!

Fué aquella una vocación extraña, rápida, irrevocable. Ni siquiera la compañía de Daniel, su novio, al que pocos días antes amaba tan tiernamente, lograba arrebatarle del éxtasis religioso.

Llena de un misticismo ardiente, nada ni nadie le hizo cambiar de resolución. Por fin había comprendido cual era el destino de su vida. No estaba consagrada a luchar en el mundo siendo la esposa de un hombre fiel y bueno; su misión era encerrarse en un convento sin otro goce que las alegrías hondas de la comunicación celestial.

Y de regreso a la capital manifestó a todos su firme propósito de ingresar en la Congregación religiosa del Socorro.

—Pero, piénsalo bien, chiquilla... no quie-



Subieron a Montserrat, la montaña santa...

ras abandonarme de esta manera — suplicaba su novio.

—Tú no comprenderías mi corazón, Daniel... Siento algo misterioso que me obliga a hacerme monja... No me preguntes qué es, no sabría expresarlo. A ti, Daniel, no te faltará una buena mujer para casarte... Déjame a mí en la paz de mi convento.

Y un buen día de sol, Victoria, la muñeca mimada, la alegre criatura, vestía el hábito de novicia. Despidióse de todos sin derramar una lágrima; sonreía alegremente como el que ve posible su ensueño de felicidad. Paloma del jardín celeste, iba a volar por él.

Don Juan Moncada sintió la determinación de su hija pero no quiso contrariarla. Respetaba las vocaciones, y la de Victoria era firme y sincera.

Al mes de partir la joven para el convento, una inundación destrozó completamente una de las fábricas de Moncada. Como si esa desgracia precediera a otras, un mal negocio bursátil dejó al fabricante al borde de la ruina.

Huguet, amigo y agente de Moncada, comunicó a éste las enormes pérdidas sufridas en la operación.

—Las acciones del Banco Mercantil son ofrecidas a veinticinco. El esfuerzo para rehabilitarlas es inútil.

Pasaron los dos una noche de angustia. Era imprescindible encontrar dinero aunque tuviera que vender la fábrica y las propiedades. De lo contrario, la ruina y el descrédito caerían sobre aquella casa. Marchó Huguet prometiendo hacer todo lo posible para hallar una solución.

Al día siguiente, Huguet, enterado del regreso a Barcelona de José María Cruz, de

quien era amigo, estuvo a visitarle. Muchos años antes, José María Cruz había sido humilde criado en casa de los Moncada.

Explicó Huguet la terrible situación en que se encontraba el fabricante y Cruz experimentó una oleada de orgullo. ¡Tener que ir a recurrir a él los antiguos señores! ¡Cómo cambian los tiempos!

—No tengo inconveniente en comprar la fábrica y los terrenos de la Gran Vía — dijo —, y si no quiere vender sus inmuebles, estoy dispuesto a hacerle un empréstito con garantía...

Alborozado por aquellas buenas noticias que salvarían la difícil situación de Moncada, Huguet se despidió de él.

Cruz marchó a ver a Jordana, un antiguo amigo de la juventud que le colmó de atenciones y le hospedó en su mismo hogar.

—¡Pepet... Pepet... qué sorpresa!

—¡Tenía que darla algún día... y ya ha llegado!

Jordana explicó. Estaba construyendo un magnífico hospital a sus propias expensas. El también se había hecho rico y, hombre de sentimientos cariñosos, deseaba fundar una institución que perpetuase su nombre. Y hablaba cariñosamente a su amigo Pepet con la esperanza de que éste contribuyera con una buena cantidad a la terminación de las obras.

Jordana y Cruz, paseando aquella tarde por

cerca de la torre de los Moncada, vieron a Gabriela, la hija del fabricante. Con intensa emoción, el indiano palideció al contemplar la linda joven. Un sin fin de recuerdos acudieron a su imaginación. El conocía de pequeñas a las dos hermanas. Pero no se atrevió a acercarse y hablar a Gabriela.

—Viendo a Gabriela — dijo — pienso que es la única mujer con la que me gustaría casarme... Porque yo quiero casarme y tener hijos, fuertes, robustos, sanos. Ya he cumplido los cuarenta años y tengo derecho a fundar una familia.

Y alzaba la voz, hablando de la necesidad de crear generaciones que tuvieran padres fuertes, de hombros anchos, como los tenía él. Hombres acostumbrados al trabajo, no los jóvenes tísicos y pequeños señoritos inútiles que constituían la generación actual.

Aquel mismo día, Huguet vió de nuevo al señor Moncada.

—He hablado con Cruz y se muestra dispuesto a ayudarte...

—¿Es posible?

—No lo dudes. Comprará la fábrica y los terrenos de la Gran Vía, y si no quieres desprenderte de ellos, te hará un empréstito con garantía.

—¿No te engañas, Huguet? ¿Tendremos la suerte de que nos ayude ese hombre?

—¿Por qué no? Si te parece podríamos citarle para que hablase contigo...

—Sí... sí...

Huguet se despidió de su amigo y en el jardín encontró a doña Eulalia, la hermana de Moncada. Le puso en antecedentes de lo que estaba ocurriendo y entre los dos tramaron cierta conspiración. Les interesaba a todos la suerte de la familia y coincidieron en el mismo plan. ¿No sentía Cruz propósitos de casarse? Pues no hallaría mejor ocasión...

El agente de Moncada visitó a Pepet. Jordana asistió a la entrevista. Al terminar Huguet mostrábase entusiasmado.

—No he perdido el tiempo — murmuró.

Corrió a advertir al señor Moncada que unos días después iría Cruz a verle. Venía muy bien dispuesto; a pesar de su aspecto rudo y casi brutal no parecía tener mal corazón.

Luego, Huguet habló otra vez con doña Eulalia.

—Conque acepta ¿eh? — preguntó ésta.

—¡Y el hombre está encantado! ¡Era su mayor ilusión y se la brindamos!

Convinieron en no decir nada, por el momento, al señor Moncada. Querían casar al rudo Pepet con Gabriela. De este modo, las inmensas riquezas que poseía el indiano restaurarían el crédito del fabricante. Pero temien-

do que éste se opusiera al sacrificio de su hija, por de pronto, callarían la conspiración.

Doña Eulalia entró en el despacho de su hermano. Parecía preocupada, seria...

—¿Me traes alguna mala noticia? — preguntó don Juan.

—Ninguna. Precisamente todo lo contrario. He recibido carta del convento. Dentro de quince días, profesará Victoria.

—¡Pobre hija mía!...

—La Superiora le ha permitido que pase tres días en nuestra compañía. Volveremos a tenerla entre nosotros. ¡Mi Victoria bonita!

¡Tener otra vez a la loca de la casa! Moncada se alegró. La dulce monjita, de vivir con ellos, hubiera disminuído las preocupaciones dolorosas.

Aquella noche Victoria salía del convento hacia su hogar llevando para su padre el regalo que le pareció más apropiado para la víspera de Ramos: la palma, símbolo de aquellas con que recibieron a Jesús en Jerusalem los que luego debían crucificarle.



Una tarde, José María Cruz, acompañado de Huguet y de Jordana, visitó a la familia Moncada. Encontrábanse también de visita la señora marquesa de Malavella y sus dos hijos Daniel y Jaime.

Moncada se alegró de hablar con su antiguo criado, elevado ahora a la categoría de rico. Este hombre debía convertirse en su protector. Mas a pesar de esa fortuna que había amasado con su propia sangre, seguía conservando los hábitos de gañanía y plebeyez propias de sus días mozos. Le faltaba el refinamiento, el baño de una buena educación.

Saludó, sin quitarse el sombrero, a los Moncada, contemplando embobado a Gabriela, la muchacha con la que pretendía casarse. ¡Qué hermosa era!

Moncada se encargó de presentarle a la marquesa de Malavella y a sus hijos. El *indiano* apenas los miró, volviendo la espalda con gesto casi despectivo a los dos elegantes

aristócratas. ¡Juventud moderna, despreciable!

—¿Has visto qué tío más grosero? — dijo Jaime al oído de su novia.

Se hallaban en el jardín gozando de la dulce temperatura de un atardecer estival. Huguet advirtió, risueño:

—Lo que le gusta al amigo Cruz es el parque...

—Como me parece cosa mía — respondió Pepet.

Estas palabras chocaron a los presentes. ¡Qué hombre! ¡Qué bruto era!

—Y digo que lo considero algo mío... porque en él me crié...

Y llevado de repentina emoción habló de su pasado. Cuando muchacho, siendo criado de los Moncada, había corrido por aquel parque muchas veces. Porque no se avergonzaba de haber desempeñado allí el oficio humilde de servidor. Si algo poseía hoy, sólo se lo debía a su propio esfuerzo. Pero volviendo a los recuerdos, no tenían pocas cosas que contar aquellas alamedas del parque. Muchas tardes él tiraba de un carrito y paseaba a Victoria y a Gabriela. Las dos le daban trallazos y le tiraban de las riendas. A veces porque se negaba a servir más de cuadrúpedo, ellas le insultaban y le decían cien cosas: Pepet bestia, tonto, borrico. ¡Je, je!... ¡Con qué alegría recordaba aquellos días! Después, su padre le

sacó de casa de los señores mandándole a América en un buque de vela. ¡Lo que él había luchado allí! En Méjico y California había quitado de las entrañas de la tierra plata y oro... Por fin había vuelto rico, pero sin perder las ganas de trabajar. Sólo los inútiles son partidarios de la vagancia.



—Y digo que lo considero mío... porque en él me crié...

Escuchándole Gabriela sentía repulsión. ¡Y era posible que aquel hombre de aspecto casi feroz hubiera podido hacer fortuna!

—Tu esfuerzo fué bien recompensado, Pe-

pet — dijo el señor Moncada—, pero se dice de ti que eres avaro, que no te desprendes del dinero... y que no has dado nunca una limosna.

—¿Limosna? ¡No sé lo que es eso! — respondió en tono desabrido—. Jamás la he dado ni en público ni en privado... La limosna fomenta la vagancia... hay que exterminar la mendicidad.

—¿Y es verdad que tiene usted una fuerza hercúlea? — preguntó doña Eulalia.

Cruz sonrió. Mostró uno de sus brazos donde aparecía la señal del zarpazo de dos tigres. Cierta vez le habían acometido un par de animales salvajes y él había luchado y puesto en fuga a los dos. ¡Je je! En América no había nada tan peligroso como la vida.

Al enseñar sus brazos, la señora marquesa se horrorizó viendo "garabatos" en la piel.

—Pero, ¿qué lleva usted ahí?

—Tatuaje — dijo Cruz, sonriente—. Eso se hace con pólvora y aguardiente. ¡Costumbres marineras...!

Sonrió con sus dientes fuertes de devorador.

—¡Ese hombre da miedo! — murmuró la marquesa al oído de doña Eulalia.

Pero ésta, que tenía gran interés en hablar a solas con Cruz, se levantó y dijo:

—Podemos ir a tomar el chocolate si les parece... y dejemos ahora las cosas de Pepet.

Todos marcharon al comedor.

Doña Eulalia detuvo a Pepet,

—Pero, Pepet, por Dios, está usted echando a perder la conspiración de Huguet y mía... Se pinta usted con tan feos colores que le dará miedo a Gabriela.

—No cambio para nadie mi carácter, señora mía. Si me quieren como soy, conforme. Hablaré con Gabriela y si ella no acierta a ver en mí algo más que uno de esos jóvenes de carrera que corren por el mundo, entonces nada habremos adelantado.

Gabriela había vuelto al jardín y su tía la llamó.

—Gabriela, ven; el amigo Cruz me decía hace un momento que... pero vale más que te lo repita a ti...

Gabriela hizo un gesto de indiferencia.

¿Qué le importaba a ella aquel antiguo criado de la casa?

—Sí, señorita—dijo Cruz—; estaba contando a su señora tía impresiones de mi humilde niñez...

La joven no parecía muy dispuesta a escuchar nuevas y abrumadoras palabras. Iba a proseguir su marcha cuando Cruz, deteniéndola, la dijo, procurando sonreír:

—En fin, señorita. No me gustan los rodeos. Hablaré como yo hago siempre, con ruda

sinceridad... ¿Tendría usted inconveniente en casarse conmigo?

Gabriela, pálida por la sorpresa, le contempló con indignación. Tía Eulalia estaba pendiente de su voz.

—Lo que usted dice, señor mío... hasta como broma, es de mal gusto.

Y se alejó con hondo desprecio, como si le molestara permanecer un instante más junto a aquel antiguo servidor que tenía la inconcebible audacia de quererla por esposa.

—Pero, se va... ¿Es que no acepta?—dijo Pepet, desolado.

Luego, herido en su dignidad, dijo a tía Eulalia:

—Me duele haber dado este paso, expresar un sentimiento que no resulta correspondido, ni comprendido siquiera... Allá ustedes... Yo me voy de esta casa... ¡Que lo pierdan todo, que se arruinen!, ¿a mí qué más me da? ¡Casta orgullosa, aún en la ruina, indomable!... Abur.

Vió a Jordana y salieron los dos sin hacer caso de los ruegos de tía Eulalia que pretendía calmar su excitación.

Cruz y su amigo se encaminaron a la puerta del parque. El indiano, ofendido por el desdén, lanzaba imprecaciones. ¡Y a él, un hombre del trabajo que con el sudor de su frente había ganado moneda tras moneda todo su dinero, a él se le despreciaba!... ¡Miserables!

Por él podía hundirse la casa de Moncada cuanto antes... Que la salvaran los jóvenes de carrera, los señoritos aristócratas, escrofulosos, parlanchines, ineptos...

Cerca de la verja de hierro vieron pasar a una monja con una palma en la mano, acom-



Aquella dulce mujer aplacó los ánimos de Cruz...

pañada de una hermana. Vestía toca blanca y pasó alada, grácil, como una aparición. Aquella dulce mujer aplacó los ánimos de Cruz...

Se apartó a un lado dejándola que penetráse lentamente en la casa con aquella palma amarilla, símbolo de paz... El antiguo criado la reconoció: era Victoria...

Cuando la Marquesa de Malavella y sus hijos abandonaron la reunión, el señor Moncada fué al encuentro de doña Eulalia.

—Ya me ha enterado Huguet de lo que os proponíais... Francamente, no me parece bien...

—No protestes—dijo su hermana—; tu hija se ha negado a aceptarle. Y Pepet ha marchado, furioso...

—Es que yo no podía consentir que Cruz pusiera como precio a mi hija...

Llegóse Gabriela a su padre. Poco antes su tía Eulalia le había explicado los motivos de aquella declaración. Era preciso que Cruz entrase en la familia para que llegase dinero en abundancia.

Pero la joven no parecía resignada a ser la víctima propiciatoria. Quería a Jaime, su primer amor, y aunque fuese pobre, le seguiría hasta el fin del mundo. Con un sentimiento muy humano se negaba a sacrificar su vida en aras de la riqueza.

Acudió con lágrimas al señor Moncada.

—Tú nada sabías, papá. Tú no hubieras consentido tampoco en mi sacrificio, ¿verdad?

—Claro está que no—respondió el señor Moncada—. Yo nunca me opondré a tu voluntad ni a tus sentimientos.

La tía Eulalia intentó protestar, hablando de la pobreza. Pero fué atajada por la muchacha.

—¿Qué? ¿Que nos arruinamos, que dejemos de ser ricos? Por mi parte aceptaré con espíritu sereno esas contrariedades. Prefiero una vida miserable a unir mi existencia con un hombre que no puedo amar.

Gabriela salió y se despidió también Huguet, disgustado por el fracaso de su plan. ¡Qué lástima!

Eulalia dijo a su hermano:

—La conspiración que teníamos proyectada ha fracasado, es cierto, pero dime: si hubiese salido bien, ¿te hubieras alegrado? Figúrate que habría sido la solución de nuestro problema económico...

—Claro... si ella hubiese querido... Pero no hay que hablar más del asunto. Es cosa liquidada.

Moncada se encerró en su despacho. Hallábase realmente desesperado. ¿Qué hacer para impedir el avance de la ruina que iba minando su casa? Consultó varias cifras aterradoras de

cantidades que adeudaba. ¿De quién esperar salvación? Probablemente, ahora Cruz, disgustado por la negativa de Gabriela, se negaría a entrar en negociaciones de ninguna clase. ¿Por qué no le avisaron del estúpido proyecto?

Estaba casi en estado de inconsciencia cuando abrióse la puerta y apareció la figura delicada de Victoria.

Alzóse Moncada, sorprendido.

—¿No me esperabas, papá?—dijo la monja. —Mira, mira qué te he traído... Como mañana es Domingo de Ramos...

El fabricante abrazó a su hija, la loca de la casa, la alegría del hogar, la dulce criatura que había sido el encanto de mejores días... Ella les había abandonado para ir al convento, y pareció que con su marcha entraba la desgracia con ellos.

Algunas lágrimas de dolor rodaron rostro abajo de Moncada.

—Papá, lloras... ¿por qué lloras?

—No es nada, Victoria... era por ti, por la alegría de volverte a ver...

Y abrazó largamente a la buena hija que iba a profesar.

Al día siguiente, nuevas calamidades parecieron cernirse sobre la casa de Moncada.

Huguet comunicó al fabricante una mala noticia:

—La casa Llorens Hermanos acaba de de-

clararse en quiebra. Eso acaba de arruinarte totalmente...

Moncada se estremeció. Entonces, ¿era imposible toda salvación?

—No pierda la esperanza — explicó Huguet—. Accediendo a mis instancias, no desiste Cruz de comprar la fábrica ni de hacerle el empréstito. He hablado otra vez con él.

—Bien... ¿y las condiciones?

—¡Ah, querido amigo, en las únicas posibles ahora!... ¡Si Gabriela hubiese querido!...

—Sí, sí, pero yo no sacrificaré nunca a mi hija...

Huguet explicó:

—Cuando doña Eulalia y yo comenzamos a conspirar, comuniqué a Cruz nuestro propósito. Y nuestro hombre me envió esta carta.

Enseñó a Moncada una carta.

—Ese hombre, al saber que Eulalia y yo intentábamos casarle con Gabriela, me envió un escrito, en el que muestra ser un niño. ¡Con qué ilusión habla de fundir las dos ramas, la tuya y la de él!... Ahora, ofendido por la negativa de Gabriela, está de todos modos dispuesto a salvarte, pero pretende quedarse casi a ningún precio con la fábrica y los terrenos... Y lo peor es que tendremos que aceptar...

Entró en la salita dirigiéndose a un armario-biblioteca, la monja Victoria,

La joven escuchó atentamente las palabras de Huguet.

—NO te extrañe su conducta—le dijo con agencé—; te trata como a enemigo y tiene razón...

Victoria intervino. Recordaba bien a Cruz, y ahora había oído hablar a su hermana de que repet había vuelto rico, pero tan bruto como antes.

—NO deben tener tratos con él—dijo—. Mi hermana es libre, ella hizo santamente en no unirse con un hombre a quien no quería...

Y despidiéndose con una sonrisa, de su padre, abandonó el despacho...

¡Todavía hablaron largo rato Moncada y Huguet, conviniendo en que debían acceder a las exigencias de Cruz. Era el único y heroico remedio.

A la otra mañana, Victoria y Gabriela hablaban del asunto del día.

—Dime, Victoria, ¿papá te ha dicho algo de mí? ¿Está disgustado?

—No... él comprende los motivos de tu negativa...

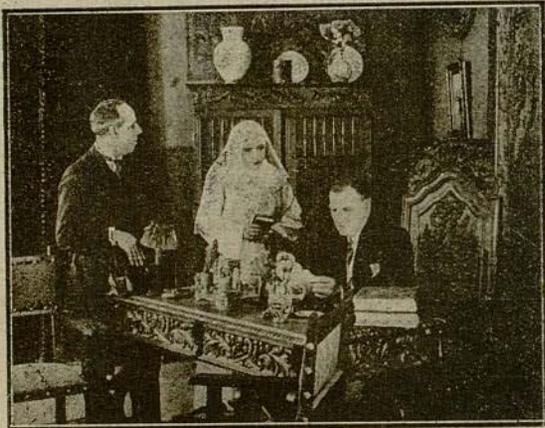
—¿No crees que hice bien?

—¿Quién sabe? Tú no eres del fuste de los mártires, de los que dicen "levanta en vilo esta casa", y la levantan... Yo lo hubiera hecho...

—¿Tú? ¡Pobrecita mía! ¡Es que tú tienes espíritu de monja!...

—No sé. Pero el sacrificio es felicidad, la renunciación es mi dicha...

—¡Victoria! No todas podemos ser grandes como tú. Comprendo que papá está arruinado, que Cruz sería el único hombre que podría



—No te extrañe su conducta; te trata como a enemigo y tiene razón...

salvarle... pero, ¿cómo abandonar para siempre a mi Jaime?... ¡Es demasiado sacrificio!

—Te faltó valor...

—En efecto... no lo tuve para unirme con un bruto... Si tú lo conocieras bien... si le hubieras oído hablar. ¡Qué hombre!

Huguet abrió una puerta y escuchó las últimas palabras. Movi6 tristemente la cabeza. Dos hijas y no podían salvar a don Juan. La una, metida a monja; la otra, incapaz de sacrificar su amor al novio que era el futuro, por el amor a su padre que significaba el ayer. Y alejóse meditabundo, convencido de que ninguna de las dos hijas era capaz de hacer nada por el fabricante.

Victoria, la dulce monjita, escobó la habitación, deseosa de prestar alguna utilidad. Sólo permanecería un día más en la casa. Luego regresaría al convento para profesar los últimos votos. ¡Qué pena tan honda la de dejar en el mundo a su familia arruinada!

Entró, de repente, en la habitación, José María Cruz. Gabriela, al verle, desapareció. Le daba terror, como a las niñas el ogro.

Victoria le acogió con aquella sonrisa franca y dulce de su alma de bondad.

Cruz, instigado por Huguet, había accedido a la negociación financiera. Mas ya que Gabriela le había despreciado, él limitaría la operación a un simple contrato comercial. Pero sería ruinoso para Moncada y de todos modos éste quedaba en la miseria.

—Tome usted asiento, señor Cruz.

Pepet dijo:

—¿Me conoce usted? ¿Me recuerda?

—De fama...

—Aquí la tengo mala, según dicen...

Iba a replicar Victoria, cuando penetró en la salita Huguet.

—¿Cómo? ¿Usted aquí, señor Cruz? Pase a mi despacho. Juan le espera ya...

Cruz entró en la oficina de Moncada. Saludó fríamente al antiguo dueño y comenzó a examinar los planos de la fábrica y de los terrenos que le convenía adquirir. Tenía el semblante duro, fiero; trataba los asuntos de Moncada con la indiferencia del hombre de negocios.

Viendo que iba a perder su patrimonio, Moncada abandonó el despacho, en dirección al jardín. En el camino encontró a Victoria.

—¡No puedo presenciar como reparten mi fortuna! — dijo—. ¡Es terrible perderlo todo!

Victoria le vió con un gesto de abatimiento, de desolación dolorosa. ¡Y aquel hombre fuerte estaba arruinado! ¡Y Cruz adquiriría todas las fincas a precio irrisorio, aprovechándose de la necesidad y cumpliendo un sentimiento de venganza! ¡Qué horror!

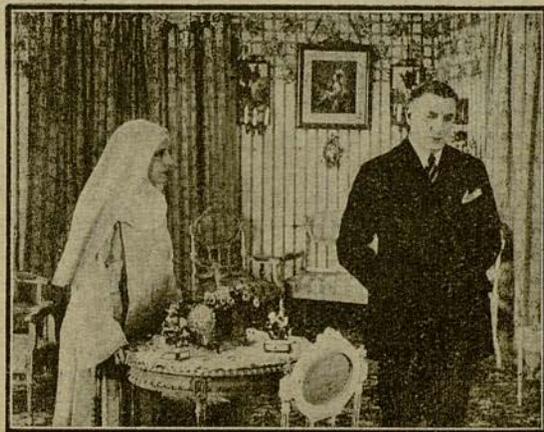
Mas de repente su alma pareció iluminarse. Sus ojos brillaron como si reflejasen un incendio interior y su cutis se tiñó de rojo.

—Dios mío, ¿qué es esto? Más no; no puede ser... Es una locura... un desatino. ¡Dios mío!...

Y quedó allá, ante la puerta, escuchando, he-

rida por la emoción; las discusiones entre Huguet que pretendía vender en las mejores condiciones y Cruz complaciéndose en rebajar a cada momento los precios.

Moncada había salido al jardín. Vió llegar a la marquesa de Malavella que le habló agitada.



—No puedo presenciar como reparten mi fortuna...

—Usted sabe que dentro de breves días vence el préstamo que usted nos hizo sobre mi finca... yo quisiera pedirle un aplazamiento.

—Ah, ya... la hipoteca del Clot... creo que ese crédito voy a venderlo juntamente con

otros... Huguet se cuida de la negociación...

—Señor Moncada, no me asuste usted. Sería mi definitiva ruina el tener que pagar ahora...

—Lo comprendo, pero es Huguet quien lleva esos asuntos; quizá vayan a parar a manos de otros.

Moncada prometió interceder para que, en caso de venta del crédito, se le prorrogase el vencimiento.

Entretanto, Cruz y Huguet daban por terminada la entrevista. Salieron del despacho pasando por la habitación donde estaba Victoria.

—No me ha enseñado usted tampoco el plano de los terrenos adyacentes — advirtió Cruz—. Y antes de aceptar la operación, quiero enterarme absolutamente de todo.

—Bien, bien...

Victoria llamó aparte a Huguet.

—Váyase usted — dijo—. He hablado con Gabriela y ahora necesito hacerlo con ese hombre—. Déjeme sola con él.

—Pero...

—Silencio. Deme el papel, que Cruz escribió diciendo lo que haría en caso de...

Huguet le entregó la carta y dirigiéndose de nuevo a Cruz, que aguardaba el término de la conversación, dijo:

—Ahora recuerdo que me dejé el plano de

los terrenos adyacentes en casa de Jordana. Vuelvo en seguida por ellos.

Cruz y Victoria quedaron frente a frente, sin hablarse. Parecían examinarse con recelo, con mutuo temor.

Orgullosa monja — pensaba Cruz—, orgullosa como todos los de aquella familia que no habían querido emparentar con él. Pues bien, ahora llegaba la suya. Sería dueño de la fortuna de los Moncada por poco dinero.

Victoria rompió a hablar. ¿Es que no le sobraba a Pepet el dinero? Cruz era un tirano y Dios le castigaría. Lo había oído todo, todo. Quería quedarse por una miseria con todo el patrimonio de la casa. Pues qué, ¿de qué le servía el dinero sino le proporcionaba el lujo de ser generoso?

Cruz sonrió. Le hacía gracia la diatriba monjil.

—Yo no puedo proporcionarme lujos, señora — respondió, riendo.

—Pero a lo menos puede usted escucharme, ¿verdad? Dígame, ¿por qué siendo usted tan rico y habiendo tantas mujeres en el mundo que encantadas se casarían con usted, ha ido a fijarse precisamente en Gabriela?

—¿De veras no lo sabe? — respondió Cruz. Era cosa muy sencilla. Los que habían sido pobres gustaban de unir el pasado con el pre-

sente y de ser iguales a los que ya eran poderosos cuando aquéllos eran humildes.

El había sido el miserable criado de la casa, desdeñado de todos, y había vuelto convertido en personaje. Moncada necesitaba dinero y él se lo ofrecía gustoso. Pero, ¿a cambio de qué? ¡Del amor de Gabriela! Ahora, habiendo ella rechazado su proposición, ¿qué extraño era que Cruz fuera cruel en sus pretensiones?

Victoria estaba pálida. Parecía luchar entre distintos sentimientos.

—¿Y si yo pudiera conseguir lo que usted tanto desea? — propuso—. ¿Qué haría usted?

—¿Usted? Oh, todo cambiaría entonces... Don Juan y yo seríamos una misma persona, comercialmente hablando.

—Considere, sin embargo, que la víctima se casaría con usted sin amarte.

Una mueca burlona se dibujó en los labios de Cruz.

—Yo no creo en los amores románticos de los poetas ni demás gente inútil y vaga... El verdadero amor viene con el trato... y nada más.

Victoria le contempló con repulsión. ¡Qué hombre aquel! Era el verdadero bruto que había ganado dinero y carecía de toda delicadeza social... Levantó ella los ojos al cielo como pidiendo luz y piedad. ¿Qué hacer, Dios santo?

Tal vez el sacrificio fuera superior a sus fuerzas. Pero, ¡ay, su padre... la ruina de todo el hogar! ¡Jesucristo le perdonaría su determinación!

—Pues escúcheme usted, Cruz. Mi herma-



—*El verdadero amor viene con el trato... y nada más*

na está dispuesta a casarse con usted, bajo determinadas condiciones, naturalmente.

—¿Ella? ¿Casarse? ¿Es posible? A ver, dígame, concedidas todas...

—Oígalas usted. ¿Se compromete usted a restaurar la casa y crédito de Moncada en las

condiciones propuestas de su puño y letra en este papelito?

Le enseñó la carta que había pedido a Huguet.

—Sí, acepto — dijo Pepet, casi incrédulo. ¿A qué venía aquel cambio?

—Dando a usted mi hermana Gabriela, satisfago y colmo su ambición... Pero usted sabe que la señorita de Moncada iba a casarse; que al pobre Jaime le quito su novia...

Victoria calló. Parecía abatida como si no osase continuar. Pero aquel sacrificio era necesario, se lo perdonaría Dios porque El sabía lo que le costaba. ¿Abandonar su convento, sus dulces días de paz en el claustro monjil!

—No quiero causar la desgracia de nadie — siguió la monja—. Y a cambio de la esposa que le quito a Jaime he pensado ofrecerle otra...

—¿Otra? ; No lo entiendo! — dijo Cruz.

—Pronto lo comprenderá. Pienso proponerle... vamos... abandonar mi vida religiosa y casarme...

Le interrumpió el rudo Pepet con ademán bruseo.

—¿Usted? ; Casarse con ése...?

Hizo un gesto despectivo para el hijo de la marquesa de Malavella. ; Raza enferma, débil y aristocrática! ; Y era posible que aquella

Victoria renunciase a sus ensueños para unirse con un hombre así? ; Qué absurdo!

La heroica joven, dulcificando aún más la voz, continuó:

—Pepet, ¿cree usted que Jaime me aceptará por esposa en lugar de mi hermana?

El indiano abrió sus labios fuertes y sonrió. Ante el sacrificio de Victoria, la admiró y estimó más que a la misma Gabriela. Sí, ¿quién no se consideraría feliz uniéndose con una mujer de las soberanas dotes de la monja? Jaime aceptaría sin duda. Pero, vamos... en vez de casarse con Jaime, ¿no parecía mejor que se casara Victoria con el mismo Pepet? Así nadie se disgustaría...

Calló admirado de su propia audacia, al pretender ahora a la otra hija de Moncada. ¿Qué contestaba ella?

Y entonces, Victoria, quitándose la toca de su cabeza, que ocultaba sus cabellos que se extendieron en negra mata sobre la espalda, gritó resplandeciente y bella por el sacrificio:

—Pepet, la que se ofrece a usted para calmar sus iras y su odio contra mi padre, no es mi hermana, no, soy yo... Yo me casaré con usted, bárbaro...

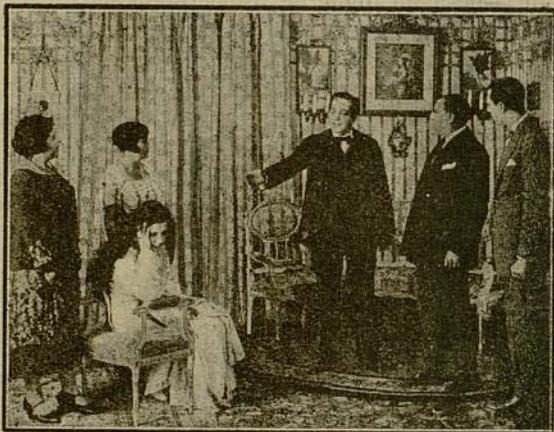
Pepet retrocedió, sorprendido.

—¿Usted, Victoria? ; No me engaña? ; Usted me acepta por marido?

La monja, renunciando a la vida de conven-

to en aras de la felicidad del hogar, tenía un gesto de mártir.

—Repítalo usted, Victoria, para que todos se enteren... Y podré unirme con la casa de antiguos señores y llegar hasta ellos y ser co-



...que la loca de la casa vuelve a la razón y se casa con Pepet...

mo ellos. ¡Qué felicidad! Pero vengan, vengan todos... Hable, Victoria, cuéntelo...

Atraídos por los gritos, llegaron los Moncada y Huguet.

—Pero, ¿qué sucede? ¿qué pasa aquí?

—Nada, casi nada — dijo, riendo, Cruz—.

Que la loca de la casa vuelve a la razón y se casa con Pepet...

Reía con una gran risa de felicidad. ¡Je, je! ¡Emparentar con los Moncada! ¡El colmo de su ambición!

Todos, sin atreverse a hablar, miraban asombrados a Victoria que sonreía, sin la toca y con la mata de cabellos negros cayendo en cascada sobre su espalda.

Victoria se casó con Cruz. Y poco después Gabriela unióse en matrimonio con Jaime. Estos últimos habían partido en viaje de luna de miel.

El sacrificio de Victoria evitó la ruina de los Moncada. El rudo Pepet, después de pagar las deudas, se había puesto al frente de la fábrica de los Moncada, imprimiendo nueva marcha a los negocios. Su suegro no intervenía para nada en aquellos asuntos. Todo lo llevaba exclusivamente Cruz, que había aportado un gran capital. Limitábase el padre de Victoria a percibir los beneficios que producía la fabricación.

Todos los créditos que poseía Moncada habían pasado también a manos de Pepet, quien se encargaba poco a poco de cobrarlos, acrecentando así el caudal de la familia.

Un deseo loco, casi feroz, para el trabajo invadía a Pepet. Como en sus primeros y rudos tiempos de emigrante, laboraba a sol y

sombra, sin experimentar nunca el cansancio, imbuído por un ideal más grande que todos los que había sentido. Ganaba dinero para aquellos soñados hijos que habían de venir y que aun no habían llegado.

Pero vendrían, estaba seguro de ello... Y aquel hombre fiero se enternecía al pensar en un chiquillo que perpetuase su nombre. Un chiquillo robusto, fuerte como él... Victoria le daría este hijo.

La antigua monja sobrellevaba con resignación el sacrificio. Su marido carecía de aquellas delicadezas que hacen agradable y dulce la vida del amor; estaba por entero consagrado al goce áspero de la ganancia.

Pero la esposa había querido sonreír a la "fiera" y lo conseguía. Y él, en su misma brusquedad parecía a veces enternecerse.

Cruz y su mujer habían ido a vivir a la propia fábrica al objeto de estar "al pie del cañón". Poco a poco el esfuerzo del nuevo amo iba devolviendo la energía al agostado caudal de los Moncada. En esta labor le ayudaba Victoria, despachando la correspondencia, llevando las cuentas bajo la vigilancia de su marido.

Para don Juan Moncada la vida se había convertido en la más bella placidez. Sin otro trabajo que el de cobrar sus rentas, mostrábase satisfecho del rumbo que tomaban los

negocios, dirigidos por su yerno. Aquel Pepet era un bruto, pero, ¡qué gran comerciante!

Un día la señora marquesa de Malavella visitó a doña Eulalia. Tenía que pagar en breve el préstamo que anteriormente le había hecho el señor Moncada y venía a solicitar una prórroga.

—No sé, no sé — dijo doña Eulalia—. Ahora Pepet lleva el negocio... y es hombre tan duro...

Estaban en el jardín. Llegaron don Juan Moncada con sus amigos Jordana y Huguet. De lejos vieron a la marquesa, y Moncada dijo a sus compañeros:

—La marquesa pretende que mi yerno le prorrogue el préstamo. ¡Dudo que lo consiga!

Moncada y sus amigos saludaron a la dama. El antiguo fabricante tenía el aspecto de un hombre feliz, contento. Nada le preocupaba ya.

La marquesa expuso el objeto de sus pretensiones.

—Pronto es el vencimiento de mi préstamo y no puedo pagar. ¿Qué me aconseja usted?

—Veo un mal negocio, señora. Nada puedo hacer... Aquí soy como un asilado a quien tratan a cuerpo de rey... No tengo influencia alguna con mi yerno. Como no consiga usted algo por Victoria...

La marquesa vaciló. ¡Tener que recurrir a Pepet, a aquel hombre tan avaro!

Hablaron después del próximo regreso de Jaime y Gabriela de su viaje de novios. ¡Qué felices eran los dos! ¡Qué cartas escribían, palpitantes de felicidad!

—¡Ese hijo mío ha tenido suerte! — dijo la marquesa—. En cambio el otro, el pobre Daniel... No puede quitarse de la cabeza el sacrificio de Victoria. ¡Se resignaba a que fuese monja, pero verla casada con Pepet...!

Después que hubo salido la marquesa de Malavella, Moncada dijo a Eulalia:

—Hay que hacer algo para salvar a esa pobre señora.

—Háblale a tu yerno, a ese indiano que se ha apoderado de toda nuestra fábrica.

—No me atrevo, Eulalia... ¿Qué diría Pepet? El nos paga puntualmente una cuantiosa renta y no me creo autorizado para ir a pedirle un crédito.

José María Cruz seguía trabajando como un negro. Los negocios iban viento en popa. Desde el humilde despacho de su fábrica, Pepet volvía a sentir la antigua embriaguez de la ganancia.

Un día Jordana le visitó para invitarle a una fiesta.

—Es en mi hospital, y en la capilla el domingo bautizamos a mi último hijo. Supongo que no faltará usted.

—Iré un rato si puedo. En todo caso, iría Victoria.

—Sí, es una fiestecita entre religiosa y mundana...

Victoria penetró en el despacho y dijo a Pepet:

—Hoy vuelven Gabriela y Jaime de su viaje de bodas... No sé si vendrán aquí o a la torre.

Sonrió Pepet. ¡Gabriela! ¡La necia orgullosa! ¡Mas por fortuna él había podido casarse con la otra, con Victoria, una mujer buena y de su hogar!

Mientras tanto, los novios habían regresado a Barcelona, dirigiéndose a casa de la marquesa. Desde allí acordaron todos dirigirse a la fábrica, donde era necesario que Gabriela hablara con Victoria y ésta intercediese para que Pepet prorrogase el vencimiento. De lo contrario, la ruina era inminente.

Cerca de mediodía los Moncada y la marquesa de Malavella y sus hijos llegaron a la fábrica, siendo recibidos por Victoria. Daniel contempló con dulce emoción a su antigua amada. ¿Por qué se había casado con Pepet? ¿Cómo era posible aquella traición? El se resignaba a verla monja, pero casada con otro...

Victoria apenas le saludó como si nada le importara ese antiguo novio.

Mientras el señor Moncada y sus familia-

res se dirigían a la casa, Gabriela con Victoria había ido al despacho situado en otro pabellón. Las dos hermanas deseaban comunicarse sus impresiones.

—Hoy comeréis todos aqueí — dijo Victoria.

—Gracias, Victoria. Y dime, ¿cómo va tu matrimonio? ¿Qué tal Pepet? ¿Es muy amarga tu cruz? Qué gran mujer eres, hermana...

¿Qué iba a decirle ella? No. Pepet era bueno; rudo, pero con fondo de bondad. Poco a poco ella iba comprendiéndole, haciéndole menos avaro, menos duro.

Pepet, que rondaba por la fábrica y no se había enterado aún de la llegada de sus parientes, penetró en el despacho a buscar una herramienta.

—Hola, Gabriela, ¿ya de vuelta? — dijo.

Y sin dignarse pronunciar ninguna otra palabra, se alejó del despacho. Iba sin cuello, como un obrero, con una gran maza en los brazos. Tenía el terrible aspecto de un dios mitológico.

Gabriela contempló con repugnancia a aquel hombre. ¡Y Victoria, la dulce y delicada criatura había podido acostumbrarse a vivir con aquel sér hosco y duro!

—Hermana, te compadezco... Yo no podría vivir con un hombre así...

—¿Qué quieres? Poco a poco, una a todo

se acostumbra... Es cierto que hubiera preferido un esposo amable, correcto, fino, pero... así el sacrificio es más grande... Porque siempre el matrimonio había de ser sacrificio para mí; yo había nacido para monja.

—¡Pobre hermanita mía! Pero, se me olvidaba... Quería estar a solas para hablar de eso... La pobre marquesa... su situación es horrible... El jueves le vence el plazo de la hipoteca, tu marido es ahora el propietario de su crédito... y no hay que esperar piedad de él... Es tan duro, tan seco... Pero si tú quisieras...

De nuevo entró Pepet quien, con el ceño duro y terrible que le caracterizaba, dijo a su esposa:

—Este talón se lo das a Silvestre Rius, que vendrá por él.

Sin mirar siquiera a Gabriela ni preguntar por su viaje de bodas, marchó hacia uno de los talleres donde tenía que realizarse un trabajo de compromiso, y él, primer obrero de la fábrica, quería efectuarlo personalmente.

Victoria retuvo en sus manos el cheque. ¡Cincuenta y nueve mil pesetas! Casi, casi, la misma cantidad que la marquesa debía pagar para el vencimiento de la hipoteca.

La esposa de Cruz estaba convencida de que su marido no daría ninguna prórroga al vencimiento. Pero era necesario salvar a la mar-

quesa, a sus hijos... Y aquel talón parecía darle una idea salvadora. ¿Por qué no? La bondad, las buenas obras, siempre se ven premiadas... ¿Por qué no? Y sin vacilar, dijo a su hermana:

—Toma. Dale esto a la marquesa. Con lo que ella tiene reunido, poseerá lo bastante para evitar su ruina... Y podrá salvar su finquita del Clot...

—Pero, Victoria... no te comprometas, ¿no temes que tu marido?...

—Por mí no te preocupes. Yo lo amansaré. La fiera será domada...

Gabriela, después de besar a su hermana, salió al patio y viendo allí a Daniel que deambulaba aburrido, pensando en su perdido amor, le entregó el cheque diciéndole:

—Corre y da esto a tu mamá...

Y volvió junto a Victoria.

Daniel, sorprendido, leyó el importe del cheque. La marquesa le había informado anteriormente de la gestión que iba a realizar Gabriela cerca de Victoria para evitar el pago. Pero él no podía consentir que Victoria se desprendiese, para salvarles, de aquella importante cantidad. No, no; había que devolvérsela. ¡Limosnas, no! Y menos de aquella familia...

La marquesa se acercó a su hijo.

—Daniel, ¿has visto a Gabriela? ¿Sabes algo?

El joven vaciló. Estaba seguro de que su madre aceptaría aquella cantidad tan generosamente donada por Victoria. Pero el orgullo de Daniel le impidió aceptar aquello.

—Mamá... es necesario que comprendas... nada podemos esperar...

Despechada, la marquesa contestó:

—No nos queda pues remedio... todo lo perderemos. Ese Pepet es incapaz de un gesto honrado.

Pasó cerca de ellos Pepet. Madre e hijo no se dieron cuenta de ello. Cruz odiaba a la familia de la marquesa. Sabía que Daniel había sido novio de Victoria y un odio feroz le animaba contra el inocente muchacho.

—Familia ridícula, de famélicos. ¿Qué tramarán? — murmuró—. ¿Qué hacen en mi casa?

Con el orgullo del hombre que ve ensancharse su riqueza, Pepet estaba dispuesto, si no le pagaban, a apoderarse de la finca de los Malavella. ¡A trabajar los inútiles, los vagos! Familias intrigantes, ¡a luchar!

Temiendo algo de la presencia de Daniel y herido repentinamente por una sombra de celos, Pepet llamó a su mayordomo Lluch.

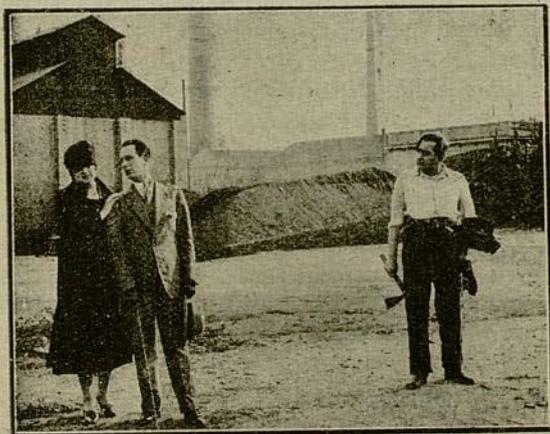
—¿Dónde está la señora? — preguntó.

—En el comedor con la señorita Gabriela.

—Dile que venga y tú vete a ver lo que

hace ese joven forastero que está abajo. ¿Me comprendes?

El obrero desapareció y Pepet sintió deseos de pegar a alguien. ¿Cómo Daniel se había atrevido a venir a la fábrica?



Familia ridícula, de famélicos... ¿Qué tramarán?

Victoria, con su aire de mujer buena, entró en el despacho.

—¿Qué pasa, Pepet? ¿Ya acabaste tu trabajo?

—Sí. No es posible trabajar en el horno. Hace un calor abrasador. Dame vino...

Ella le sirvió un vaso adivinando en los ojos de Pepet algo desagradable. ¿Sabía?

—Dime — preguntó—, ¿quién ha estado aquí mientras yo...?

—Nadie... Sólo Gabriela... La han acompañado los Moncada y los Malavella; somos parientes, Pepet; no podemos estar mal con ellos...

Cruz calló. No le convencían mucho esas razones. ¿Qué le importaban a él la marquesa y sus hijos? Fuera, fuera; quería verlos muy lejos.

Luego, preguntó:

—¿Ha venido ya Rius a cobrar el talón? ¿No? ¡Devuélvame!

Un hondo temblor agitó el cuerpo de Victoria. Pero sobreponiéndose a su miedo, dijo serenamente:

—El talón no lo tengo. Se lo he dado a Gabriela para que se defienda de tu codicia. Con él la marquesa podrá pagar el importe de la hipoteca...

—¿Tú has hecho eso? — rugió Pepet—. Es decir, robas mi dinero para que esa familia de santurrones pueda vivir bien. ¡Qué asco! Pero, ¿qué es éso? ¿Qué siento por mí? Sí, sí, ahora lo comprendo todo. ¡Qué ciego, qué estúpido soy!

Su actitud era terrible. Su pecho vigoroso y

corpulento se agitaba. Había en su aspecto un aire de muerte y destrucción.

—Te creí buena... pero ya no... ahora du-do... he visto a Daniel... a tu antiguo novio... y por él has dado mi dinero... el mío... el que yo gano... con el que yo mantengo a toda tu familia...

—¡Cruz!

—Pruébame que odias a Daniel, que le desprecias. El es más joven que yo, más señorito, más fino. Yo soy un hombre del pueblo, pero nadie me quita lo que es mío. Defiéndete, Victoria. Vete en busca de la marquesa y pide que te devuelva mi dinero.

Resurgía en él el hombre avariento, el celoso, el bruto. Victoria, mujer espiritual, tuvo miedo.

—No iré... ese dinero yo se lo regalo... Salvará a la marquesa de caer bajo tus garras...

—Es mi dinero, ¿sabes? El dinero que yo necesito para nosotros... y para nuestros hijos...

—¡Nuestros hijos! ¡No los tendré! — gritó ella en desafiadora actitud—. No quiero que se parezcan a ti... avaros y malos como tu alma... ¡Te odio!

—¿Me odias? — rugió él—. Entonces, no te casaste conmigo por amor... sino por interés... por salvar a tu padre... ¡Y yo que había pensado... qué loco... qué loco! Pero no per-

mitiré que me perjudique en mis intereses...

Llamó al mayordomo:

—Lluch, ¿ha vigilado usted a quién le dije?

—Sí, señor; él está rodando por el patio como si esperara...

—Dile que la señora le ruega que suba...

Desapareció Lluch y Cruz dijo a su mujer:

—Ahora veremos lo que piensa ese antiguo novio...

Victoria no respondió. Estaba dispuesta a defenderse hasta lo último. Sí, la vida al lado de su marido era intolerable. En vano había querido dulcificarla. Imposible. Un hombre brutal y avaro como Pepet no podía avenirse con una mujer como ella.

Entró Daniel en la oficina. Miró desdeñosamente a Pepet a quien odiaba, y se inclinó ante Victoria.

Cruz rugió:

—Yo saludaría... No me como las gentes crudas...

—Dicen lo contrario... — respondió el joven.

—En fin, acabemos, joven. ¿Qué ha venido usted a hacer a esta casa?

—Deseaba hablar con su señora.

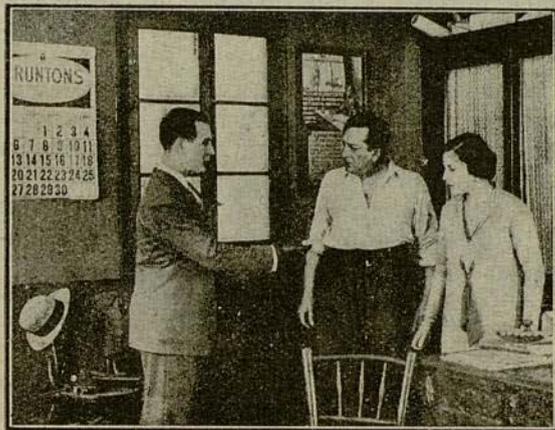
—¿Qué tiene usted que decirle?

—Darle las gracias por el favor que hizo a mamá y decirle que no consiento que mi madre acepte semejantes auxilios.

Y entregó el talón a Pepet. Este lo guardó afanosamente, contento de recobrar aquella cantidad. ¡Dinero, lo que él tanto necesitaba!

Pero Victoria, indignada, protestó:

—Pepet... no aceptes la devolución... Devuélveselo... insiste...



—...no consiento que mi madre acepte semejantes auxilios.

—Tú estás loca, Victoria. ¡Mi dinero! ¡Lo que yo más amo en la tierra!

Victoria, ofendida, tomando una resolución gritó:

—Pues bien, acabas de ofenderme grosera-

mente. La vida es imposible contigo. Comprendo que me equivoqué... ninguna mujer puede domarte... eres peor que una bestia... Me marché de casa y me separé de ti...

Estas palabras enloquecieron a Cruz.

—¿Marcharte tú de mi casa, Victoria? ¡Ah, ya comprendo! Eso es una intriga, una miserable intriga. ¡Y usted, Daniel, un canalla que bajo la máscara de la bondad ha emponzoñado mi hogar!

Quiso caer sobre él y le hubiera matado entre sus robustos brazos si atraídos por sus gritos no hubiesen acudido todos, impidiendo con su llegada una catástrofe.

—Pero, ¿qué sucede aquí? — dijo el señor Moncada que con su familia estaba en el comedor.

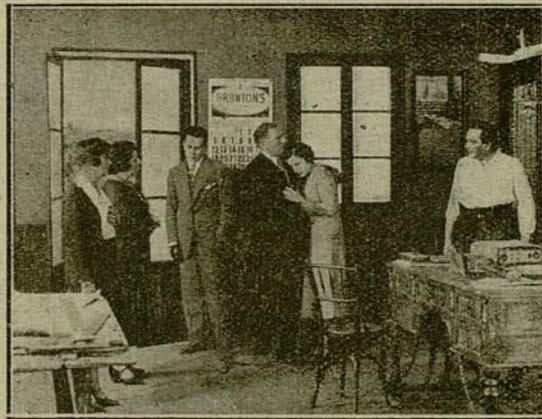
—Nada... que mi mujer pretende abandonarme, marcharse de mi casa...

—Sí, te abandono... mereces vivir solo... sin que nadie te acompañe. Vamos, papá, tía Eulalia, Gabriela...

Y Victoria marchó acompañada de los Moncada y de los Malavella. Daniel rugía de odio. ¡Hubiera deseado matar a aquel miserable!

Cruz, dándose cuenta de que amaba realmente a su esposa, quedó en un rincón, inmóvil, alelado. ¿Por qué la había dejado partir? ¡No! no podía consentir su marcha... Y ¿dónde estaba su energía, su voluntad, su fuer-

za? ¡Ay, aquella maldita mujer le había embrujado! Pero... la quería para sí, para su casa, era su dueño, él la había comprado con



—Nada, que mi mujer pretende abandonarme...

dinero... con mucho dinero... Y con los brazos desafiadores en alto, juraba volverla al hogar.

Victoria, al abandonar el domicilio conyugal, había ido a vivir a la casa de campo de los Moncada.

Su padre parecía sentir ciertos remordimientos por aquel mal fin del matrimonio. ¿Por qué autorizó aquella boda? No debía él permitir el sacrificio de su hija.

Aquel día, en el jardín, dijo a Victoria:

—Dime, hija. ¿Es definitiva vuestra separación? ¿Lo has pensado bien?

—Verás, papá. En los primeros momentos la separación me pareció el único remedio a nuestras desavenencias pero, ahora, dos días después, creo lo contrario — respondió la muchacha con firme resolución—. Parecía haber olvidado la terrible escena de dos días antes con su marido.

—Dime, ¿es verdad que para ti la vida es tan terrible?

—Te hablaré con toda sinceridad, papá. Hay que saber llevar a Pepet. En el fondo es un

buen hombre, bajo la corteza áspera de su dureza yo creo que hay un corazón. Te confieso que cuando renuncié a mi convento para salvarte, pensaba que mi vida sería mucho más horrible de lo que realmente es... Por eso



—¿Es definitiva vuestra separación? ¿Lo has pensado bien?

creo que debo volver a mi casa. ¡Quién sabe! Quizás en estos momentos Pepet está llorando de pesar... Y luego, papá, tú no conoces que hay otra causa que me manda volver a mi hogar.

Dijo algo al oído de su padre y el señor

Moncada sonrió con dulce alegría. ¿Era verdad? Pues entonces... había que intentar inmediatamente la reconciliación. Lo esperado, lo soñado, ¡qué dicha!

Entretanto, Daniel, en su casa, hablaba con su madre, la marquesa de Malavella.

—Madre querida, necesito descargar en tu corazón mi conciencia. Al ver huir a Victoria de su marido, pensé que me amaba y me pareció fácil arrastrarla a mí.

La señora marquesa se horrorizó. ¿Qué locura era aquella? ¡Daniel... tan bueno... tan piadoso!

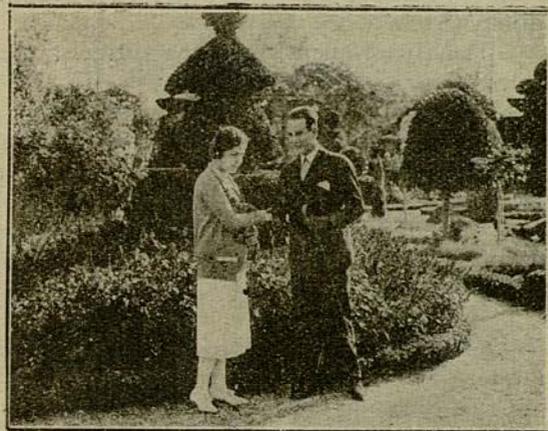
—¿Qué quieres, mamá? Siento en mi alma un amor que me devora... Ayer hablé con Victoria... Fui a decirle toda mi pasión, a impetrar de ella el cariño, una sola palabra de esperanza. Nada conseguí. La encontré más fría que nunca. Y hasta te diré, mamá, me pareció como si quisiera disculpar a su marido. ¡No lo entiendo! Y comprendo que Victoria no será nunca mía... Estoy seguro de que a pesar de todo, le duele haberse separado de Pepet. ¡Y yo tendré que ahogar para siempre esa pasión!

—Hijo mío... Ten calma... no busques el pecado... Tú no tienes ya ningún derecho sobre Victoria.

—Es verdad, madre mía, y sólo tu inmenso cariño hace que no me quite la vida.

—¡Daniel, no digas locuras!

Al día siguiente en el hospital asilo de huérfanos y Casa de Expósitos se celebraba el bautizo del último hijo de Jordana.



—Fui a decirle toda mi pasión...

Concurrían a la fiesta muchos invitados. Gabriela y su esposo, la marquesa de Malavella y Daniel, los Moncada con Victoria, entre otros... Se hallaba también José María Cruz, pero formando grupo aparte, acompañado de Jordana y de Huguet.

Sentía la necesidad de ver de nuevo a su mujer para exigirla que volviese con él. La

contempló al verla cruzar una galería, pero ella con altivez volvió desdeñosamente la espalda...

Se dirigían todos a la capilla, cuando Huguet dijo a Cruz:

—Don Juan quiere tener una entrevista con usted, Cruz.

Moncada y Pepet quedaron solos, frente a frente, mientras los otros invitados se habían dirigido a la capilla. Moncada comenzó a hablar.

—Puesto que la separación es inevitable, ocupémonos de la cuestión legal — comenzó a decir su suegro.

Pepet bajó la cabeza.

—Supongo que con tu mujer no has de ser tacaño y le reconocerás una buena renta...

Cruz hizo un gesto de indiferencia. ¡Ay! ¿por qué debía ser definitiva aquella separación?

Y Moncada, lentamente, midiendo las palabras, agregó:

—Pero ahora se trata de otro asunto mucho más grave. ¿No lo adivinas?

—No...

—Pues... es cosa muy natural... no digo que suceda... pero podría suceder... que tu mujer dentro de tres, cuatro o cinco meses, me diera un nietecillo.

Cruz se levantó lleno de emoción, como si

hubiese experimentado la mayor alegría de su vida.

—¡Un hijo! ¡Tener un hijo! Pero, ¿es verdad? Pues, ¿por qué me he casado yo sino para tener un hijo? ¡Oh, gracias, don Juan, gracias, por la noticia! ¡Y yo no quiero separarme ya de mi mujer, de Victoria, de la madre de mi hijo... no... no!

Todo su orgullo desaparecía ante aquella gloriosa anunciación. Vió que llegaba Victoria y corrió a ella separándola de la comitiva. Don Juan sonrió y alejóse... Ya no reñirían, estaba seguro de ello... Había vencido el amor paternal.

Victoria pretendió huir, pero su marido la cogió por un brazo.

—Deja ya ese bautizo... Tenemos que hablar...

Eila y Cruz fueron a la terraza. La muchacha preguntó con voz ofendida, a su marido:

—¿Qué sucede?

—Pues nada, que no hay separación entre tú y yo. Y quiero que me digas si es verdad que tú vas a darme un hijo...

Un sentimiento de felicidad agitó a Victoria. Por aquel hijo que llevaba en sus entrañas, ya no le parecía tan odioso y repugnante Pepet.

—Vamos, papá no puede callarse nada.

—¿Conque es verdad? ¿Me darás un hijo?
¡Oh, Victoria!

Aquel bruto, aquel antiguo gañán se enternece ante la nueva paternidad. Vertía lágrimas de emoción, lágrimas humanas y divinas.

Y Victoria comprendió el tesoro enorme que en lo sucesivo tenía. Aquel hombre, esclavo de la ganancia, sin otra ilusión que ganar dinero, sería otro, se humillaría ante ella. Quiso olvidarlo todo. Ella, madre, tenía el deber de estar al lado de su esposo.

—Hablemos claro — dijo ella—. Volveré a vivir contigo, pero... ¿a cómo pagas a tu hijo?

—No sabía yo que los hijos se pagasen, Victoria — dijo, riendo.

—Cuando los hijos tienen padres como tú, se cotizan... Y si quieres que yo te perdone, si deseas que vuelva a vivir contigo, has de obedecerme y ceder a mis deseos.

Desconcertado, Cruz respondió:

—Habla, pues. ¿Qué quieres?

—Pues empiezo por mi padre... Que reconozcas como nominativas y pertenecientes a mi padre la quinta parte de las acciones del Banco Mercantil. Es una pretensión suya y la encuentro muy justa.

—Concedido.

—Otra cosa. ¿Te acuerdas de lo que ganamos el último trimestre? Beneficio pese-

tas 57.433 con setenta y ocho céntimos... Pues, este pico ha de ser para mí...

Pepet dijo alegremente:

—¿El pico? ¿Los 78 céntimos? No tengo inconveniente...

—¡Ca! El pico es el total, las 57 mil...

Intentó Cruz protestar. Aquello era la ruina. Desprenderse de una cantidad tan importante. Pero, en fin, hoy quería ser buen chico. La alegría que le había dado su esposa merecía aquello.

—Es que todavía no he acabado, Pepet...

—Pero, ¿qué quieres más? Pretendes dejarme en la miseria.

—Nada de eso. Quiero que seas justo y bueno para los otros...

—Habla...

—Deseo que concluyas las obras de este Asilo y que le dotes con diez o doce camas...

Cruz alzó los ojos... Poquito dinero le costaba su hijo ya antes de nacer...

—Acepto... pero nada más.

—Espera aún. Quiero que levantes la hipoteca de la finca del Clot. Hay que perdonar a la marquesa su deuda...

Ahora él intentó protestar, pero fué inútil... Ante sus ojos creía ver los bracitos de un niño que llevaba su nombre y era de él.

—Has hecho de mí lo que has querido, Vic-

toria. Soy tuyo... haces de mí tu juguete... — dijo, acariciándola.

—Gracias, Pepet, gracias... Y ahora, espera: papá, Gabriela, Eulalia...

Acudieron todos, atraídos por los gritos.

—Papá, todo conseguido — dijo Victoria—. Me constituyo en dictadora y a callar todo el mundo. Ya no volveremos a separarnos.

Pepet rió. Parecía otro hombre.

—¡Vamos! — dijo don Juan—. Victoria hace de ti lo que quiere...

—Eso no — respondió Pepet—. Mientras más la quiero, más me afirmo en ser quien soy... Me tengo por indomable, pero me agradan los latigazos de la domadora. Yo no puedo vivir sin ella, ni ella sin mí. Que lo diga, ¿verdad, Victoria? Y luego, mi hijo... mi hijito...

Y acarició a su esposa con infinita ternura. Era otro hombre; la paternidad había aplacado su fiereza; el hijo obtenía su victoria antes de nacer...

FIN

Próximo número:

CORAZONES INTRÉPIDOS

por Agnes Ayres, Richard Dix, Theodore Roberts, J. Farrell Macdonald, e'tc.

Postal-fotografía-regalo: CLARA ADAMS

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles. Precio: 25 cts.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

AYER APARECIÓ

el libro 92 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

LA LUZ DE LAS CANDILEJAS

por Elsie Ferguson, Réginald Denny, etc.

Sea usted coleccionista de "Los Grandes Films"

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

COMPRE USTED

el libro 13 de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

¡ADIÓS, JUVENTUD!

por la deliciosa CARMEN BONI

¡SIEMPRE LO MÁS GRANDE!

Ediciones BISTAGNE

publicará mañana la grandiosa novela
de GABRIEL BERNARD

LOS OJOS DEL AMOR

Novela de gran intensidad dramática

Es el tercer libro de su lujosa

COLECCIÓN DE NOVELAS SENTIMENTALES

DE VENTA EN TODAS PARTES